

«¡Que pase Víctor Hugo!», exclamó Blasco Ibáñez, delirando, en el lecho de muerte

En noviembre de 1899, miles de valencianos aplaudían a don Tancredo, figura eximia del toreo cuyo arte consistía en

colocarse de pasmarote sobre un pedestal en medio de la plaza resistiendo impávido la acometida del toro que derrotaba a su alrededor. El dontancredismo es una actitud biográfica que adoptan pronto los del 98 ante la historia, abúlicos y solitarios, excepto Valle Inclán que interpreta la esper-



péntica vida española desde arriba, como maese Pedro el titiritero los muñecos. Unamuno se mi-

ra a los adentros, aunque en sus artículos arremete contra esto y aquello hasta ganarse el desierro por orden de primo de Ribera. Machado se pierde en las galerías del alma para distinguir las voces de los ecos. Azorín, tras unos pocos años de delirio anarquista, se amojamó hasta el tuétano y en boca de un personaje retirado a Yecla pone su ideología tancreda: vivir es ver pasar. Azorín tenía alma vegetariana, según greguería perversa de Ramón. Don Pío Baroja era un solitario que como sus compañeros de generación aguantó la embestida del tiempo histórico y la derrota del tiempo íntimo.

Muy distinto a todo ellos fue Blasco Ibáñez. Ajeno a las misteriosas galerías de la moderna subjetividad, se “chapuzó de pueblo” — frase de Unamuno—y de modo romántico corrió como en los sanfermines de un ruedo universal. En 1909, al desembarcar por primera vez en Buenos Aires, una multitud entusiasta lo vitoreó en el muelle, lo acompañó al hotel y lo aclamó tanto en la calle, que tuvo que salir al balcón para pronunciar uno de sus furiosos alegatos y acabar arrojando al respetable primero el pañuelo y luego los puños de la camisa. “Había en él algo del matador que brinda en el ruedo”, según el escritor francés Anatole France, quien postergado por el triunfo de Blasco reconoció su fracaso:

“No pude competir con él. Era el hombre-
orquesta”. Magnífica definición.

En esta multitudinaria mesa redonda, lanzo sobre el tapete el dado con una pregunta crucial para un escritor, y que a veces no suele recoger el estudioso. ¿Escribía bien Blasco? ¿Leerlo hoy produce placer? ¿Con qué se solidarizan hoy los lectores y las gentes del oficio? Hay muchas maneras de escribir bien, sin duda, y según para qué, pero son infinitas las maneras de escribir mal y sin eficacia. Blasco escribió torrencialmente, y a toda pastilla, supongo. Entonces los escritores corregían menos que ahora. ¿Eran más garbanceros que hoy? Si Blasco hubiera tenido un Mac tal vez hubiera fraseado de otra manera aprovechando las mil diabluras mecánicas del instrumento. O quizá hubiera escrito el doble de páginas. Durante su juventud tuvo claro el propósito y la estética: *la novela tiene una función social*, decía: *es la epopeya de los humildes*. Lo logró: fue un escritor para el pueblo. Eso lo desactualiza, porque hoy nadie escribe para el pueblo, aunque sí se hace para los consumidores. La palabra pueblo ya no entraña ninguna dimensión social en oposición a noble o burgués, nadie dice pueblo “llano” o “pueblo trabajador” “¡Yo soy pueblo!, clamaba Max Estrella, el ciego rebelde.

La palabra pueblo aún mantiene un sentido telúrico, pero no telúrico en el sentido descriptivo y dialéctico con que Blasco la emplea frente a la ciudad opresora, aquella Valencia social cuyo emblema es el miguelete, con su forma emblemática de cetro, fusil, hisopo y vara de alcalde, símbolos del poder represor contra los que levanta la tía Picores el puño hinchado y enorme al final de *Flor de Mayo*, sino telúrico en sentido mítico, es decir, nacionalista: pueblo vasco, por ejemplo. Se escribe siempre por y para algo, aunque no es fácil ahora concretar una razón social. Tampoco la sociedad lo pide. Los nacionalistas catalanes, erre que erre, se calzan la baretina, soplan la brasa romántica y emplean mucho el sintagma “nostre poble”. Fuera de ellos esa etiqueta nacionalista suena mal porque arrastra el eco de nazis, fascistas y dictadores patrioteros y populistas. Por eso hoy, entre ciudadanos, ya no se dice “el pueblo alemán”, “el pueblo italiano”, “el pueblo español...”

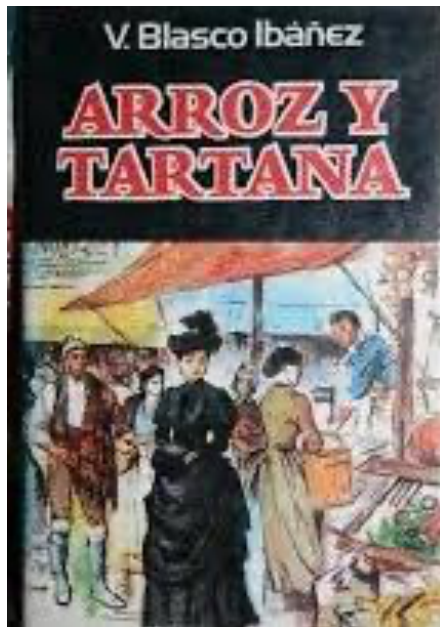
Si Blasco no fue moderno, quizá se aleje aún más de nosotros, que somos posmodernos, y tal vez *pospós*, posposmodernos, como ironizaba Benedetti, cuando ya no se lleva al actitud testimonial y comprometida, ni la construcción de personajes tipificadores, ni las descripciones exhaustivas. No es posible: porque la novela hoy

no tiene función social, porque no son tiempos apocalípticos, sino integrados, porque no hay ideologías que interpreten la historia, si no es el pensamiento único que se fabrica cada mañana en Wall Street, porque el personaje literario no es una identidad con historia lineal y en dependencia con el medio. ¿Ha muerto el personaje literario? Entre las novelas que han leído ustedes en estos últimos diez años, recuerdan algún personaje que se configure con la corporeidad del tío Batiste, doña Manuela, Pimentó *et alii*... La nuestra es otra identidad, más libre, más pagada de sí misma, más liviana, fragmentaria y dispersa. Finalmente su novela ya no es informativa sobre paisajes y ambientes porque el lector los conoce a través de las imágenes y por tanto no hace falta describir con detalle y pasar el espejo en alcobas, casinos, barracas, calles, mercados, huertas o naranjales. El lector de hoy es un *homo videns*.

Y sin embargo, debo decir que la lectura de las novelas valencianas o sus libros de viaje reconcilian con cierta añoranza lectora, y a ello contribuye una buena dosis los trucos del narrador. Su formación primera fue desastrosa, empachada de folletines y de melodramas en el taller del folletinista ya medio demenciado don Manuel González y Fernández, y tendió a perge-

ñar argumentos de tal jaez, con tipismo de postal, maniqueísmo de personajes y sectarismo doctrinal. Pero sus novelas reconcilian con un modo de construir narrativas mundos completos, cierta composición cinematográfica, entrenar en cierto modo, contar la vida emocionadamente y sacudir al lector con conflictos que apelan al corazón y la condolencia.

Añadiría un último motivo gremial. Vicente, que tienes que ser notario, insistía su madre. Pero fue lo que quiso: escritor. Esos valores de escritura están en *Arroz y Tartana*, *La barraca o Cañas y Barro*. A los dieciséis con veinte duros buscó la gloria en Madrid. Luego, cuando menos lo esperaba fue autor de *best-sellers* mundial. Quitando quizá a Pérez Reverte no es probable que llamen de Hollywood a ningún escritor español para llevar al cine ninguna patraña interpretada por los Valentinos y Garbos de ahora, Michel



Pfeifer y Brad Pitt, por ejemplo. Si literatura dicen que es lo que los lectores leen cuando creen que leen literatura, he ahí un canon profesional de escritor: leído en todo el mundo y cumplido su sueño de sentirse otro Víctor Hugo, su modelo más secreto, cuya visita recibió en el lecho de muerte a las tres de la tarde del 3 de enero de 1929, en la postrera alucinación. Lo vio asomarse a la puerta de la alcoba, sorprendido: *¡Es Víctor Hugo! Que pase, que pase. Mi jardín..., mi jardín!* Fue una manera de decir que no se había equivocado de oficio¹.

¹ Comunicación leída en el En “Homenaje a Blasco Ibáñez”, Valencia, 1998